

*Familia*

*Ficha 4.2*



EL VALOR DEL  
VÍNCULO PERSONAL  
FRENTE A LO VIRTUAL

CAROLA SCHEWARD

Schoenstatt Chile · 2021

# EL VALOR DEL VÍNCULO PERSONAL FRENTE A LO VIRTUAL

*“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.”*

*(Juan 13, 34-35)*

Jesús nos pide cultivar nuestros vínculos personales amándonos como él nos ha amado. Quizás estas palabras puedan parecernos conocidas y algo abstractas en principio, pero si imaginamos a los apóstoles reunidos en esa última cena con Jesús, quizás podamos percibir cuán concreta resultó para ellos esta invitación, más aún cuando les señala que les ha dado ejemplo para que hagan con otros lo que él ha hecho con ellos (Juan 13, 15). Ponernos en el lugar de Pedro o de cualquiera de los doce que estaban con Jesús esa noche, puede ayudarnos a comprender mejor cómo hacer vida este mandamiento nuevo en pleno siglo XXI.

Los discípulos, sus amigos, tuvieron la posibilidad de convivir con Jesús y experimentar de manera concreta su forma de amar y relacionarse con los demás, a través de gestos, acciones, conversaciones, oraciones y vivencias compartidas.

esús, en cuanto Hombre, cultivó los vínculos con su familia, amigos y discípulos naturalmente, dándose el tiempo de escuchar, conocer y acompañar a cada uno en una relación personal y afectiva. Qué gesto más humano el de Jesús, al *sentir compasión* (Mateo 9, 35-38), alegrarse y *llenarse de gozo* con sus discípulos (Lc 10, 21) o *conmoverse* ante la muerte de su amigo Lázaro (Juan 11,32-36). Jesús se preocupó de enseñar así, no solo por medio de la palabra, sino modelando en su persona, una manera de convivir y cultivar sus vínculos personales de manera sensible. El amor de Jesús es, pues, un amor personal, tangible y enaltecedor.

Hoy, en la era de la información y de las comunicaciones, un fenómeno comparable con la revolución industrial, por el impacto social que tiene, ¿cuánto nos esforzamos por amar y cultivar nuestros vínculos al modo de Jesús?, ¿de qué manera esas relaciones van moldeando la sociedad en que vivimos, desde lo más nuclear, que es la familia?

Los últimos años hemos vivido momentos de gran desesperanza y dolor al constatar fracturas profundas en nuestro país, polarización, desencuentro y la falta de un proyecto común donde podamos aportar y sentirnos parte. Durante este tiempo, más que nunca, ha resonado en nosotros la invitación del Padre José Kentenich a construir la *nueva comunidad* en contracorriente a una sociedad mecanicista y masificada. Hoy podríamos agregar, individualista e hiperconectada.

En su encíclica *Fratelli Tutti* el Papa Francisco reflexiona sobre el modo en que estamos conviviendo y nos presenta formas concretas para construir un mundo de relaciones cotidianas animadas por la fraternidad y la amistad social:

*“En el mundo actual los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas. Vemos cómo impera una indiferencia cómoda, fría y globalizada, hija de una profunda desilusión que se esconde detrás del engaño de una ilusión: creer que podemos ser todopoderosos y olvidar que estamos todos en la misma barca. Este desencanto que deja atrás los grandes valores fraternos lleva a una especie de cinismo. Esta es la tentación que nosotros tenemos delante, si vamos por este camino de la desilusión o de la decepción. [...] El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro. El aislamiento, no; cercanía, sí. Cultura del enfrentamiento, no; cultura del encuentro, sí”*

El Papa menciona algunos de los bacilos, como los llama el Padre Kentenich, de nuestra sociedad actual: el egoísmo, la indiferencia y sentimientos de superioridad.

Frente a esta realidad, cobra más fuerza la invitación que nos hace el padre: cultivar los vínculos a personas, ideales y lugares, desde la más temprana infancia. Vínculos entendidos como lazos de amor estable, libre, lúcido y cargado de afecto, que enseñamos y aprendemos vitalmente para dar y recibir amor. El padre Kentenich nos recuerda una y otra vez, que la ley fundamental que mueve al mundo es el amor, porque que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, que es Amor.

Si nuestra meta es aprender a amar como Jesús nos amó, el padre Kentenich nos entrega un camino concreto para hacerlo: nos llama a reestablecer nuestros vínculos naturales para profundizar los vínculos sobrenaturales y así, llegar a una íntima comunión con Dios.

La capacidad de estrechar esos vínculos es un desafío permanente, más aún un mundo globalizado. El infinito conocimiento disponible para nuestro consumo en las redes, que nos mantienen hiperconectados, por una parte, y las múltiples actividades que saturan nuestro día a día por otra, dificultan el adecuado cultivo de nuestras relaciones personales. Bien sabemos que tener la posibilidad de conectarnos a muchas personas desde cualquier lugar del mundo, gracias a internet, no es sinónimo de una mejor comunicación ni de vínculos más profundos o duraderos. Como toda herramienta, según sea el uso que le demos, internet y las redes sociales pueden volverse un medio que propicie la manipulación, el maltrato y el aislamiento o convertirse en una valiosa posibilidad de encuentro y ayuda a los demás.

Pensemos cuán beneficiosa ha sido la tecnología para mantenernos en contacto con nuestras familias y seres queridos durante los largos periodos de confinamiento a causa de la pandemia que hemos vivido; cuánta tranquilidad y consuelo ha llevado una video llamada a quien estaba solo y atemorizado en un hospital o cuántos momentos de alegría y esperanza ha podido compartirse a través de la pantalla en este tiempo; incluso hemos podido celebrar la eucaristía a distancia, gracias a las posibilidades que nos brinda internet.

No obstante ello, todos hemos vivido con pesar el no poder abrazarnos o vernos cara a cara. Y es que como seres sensibles, necesitamos captar a la persona con todos nuestros sentidos para tener un real encuentro personal y recíproco y así, poco a poco, generar una atmósfera de intimidad que nos permita un verdadero encuentro de corazones. En Fratelli Tutti el Papa Francisco también recoge esta experiencia generada por el distanciamiento de este tiempo:

*“Hacen falta gestos físicos, expresiones del rostro, silencios, lenguaje corporal, y hasta el perfume, el temblor de las manos, el rubor, la transpiración, porque todo eso habla y forma parte de la comunicación humana. Las relaciones digitales, que exigen del laborioso cultivo de una amistad, de una reciprocidad estable, e incluso de un consenso que madura con el tiempo, tienen apariencia de sociabilidad. No construyen verdaderamente un “nosotros” sino que suelen disimular y amplificar el mismo individualismo que se expresa en la xenofobia y en el desprecio de los débiles. La conexión digital no basta para tender puentes, no alcanza para unir a la humanidad.”*

A partir de esta reflexión, podemos revisar nuestras relaciones personales al interior de la familia. Como dice el Papa, las relaciones humanas requieren laboriosidad, reciprocidad, estabilidad y tiempo para madurar. Cuántas veces nos hemos sentado en una misma habitación o a la mesa manteniéndose cada conectado a su mundo virtual en el celular, sin estar verdaderamente abierto a la vida del otro. Pensemos en lo cómodo que es entretener a los niños con un dispositivo electrónico o distraernos en la pantalla, sin escuchar con atención lo que nos comentan nuestros hijos o nuestro cónyuge. Incluso más, pensemos cuántas veces nuestra vida matrimonial ha estado invadida por las redes sociales, empobreciendo el diálogo y la vida conyugal. Lo que cada uno vive en su pantalla es un territorio desconocido para los demás y puede alejarnos si no cultivamos vivencias comunes en el la vida familiar; en palabras del Papa Francisco *“construir verdaderamente un nosotros”*.

No se trata de demonizar las redes sociales o las tecnologías de la comunicación, ni excusarnos en ellas, sino de utilizarlas como herramientas que fortalezcan nuestros vínculos, evitando convertirnos en ermitaños digitales.

Frente a la irrupción de los medios en el mundo globalizado, el Papa Francisco utiliza la *metáfora de red* y la *comunidad* para invitarnos a redescubrir las potencialidades positivas de internet:

*“La figura de la red nos invita a reflexionar sobre la multiplicidad de recorridos y nudos que aseguran su resistencia sin que haya un centro, una estructura de tipo jerárquico, una organización de tipo vertical. La red funciona gracias a la coparticipación de todos los elementos. La metáfora de la red, trasladada a la dimensión antropológica, nos recuerda otra figura llena de significados: la comunidad. Cuanto más cohesionada y solidaria es una comunidad, cuanto más está animada por sentimientos de confianza y persigue objetivos compartidos, mayor es su fuerza. La comunidad como red solidaria.”*  
(mensaje del Papa Francisco en la 53<sup>a</sup> Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 2 de junio de 2019)

Pensemos en esa red que es la comunidad; cada familia está llamada a tejer parte importante del entramado social que la conforma. El sello original de cada familia, sus ritos y rutinas se vuelven importantes, así como los momentos de oración en los que cada uno pueda compartir parte de su interioridad con Dios y con los demás. No perder nuestras costumbres familiares, sino que acentuarlas y resignificarlas creativamente, constituyen un seguro para cultivar vínculos sanos y profundos que vayan configurando nudos firmes de esa red.

También debemos preocuparnos por la *vivencia de hogar* que ofrecemos a nuestra familia, como un espacio donde podamos generar experiencias positivas y pre-vivir el amor, la confianza y la vida de fe con las que buscamos edificar una sociedad solidaria y más fraternas.

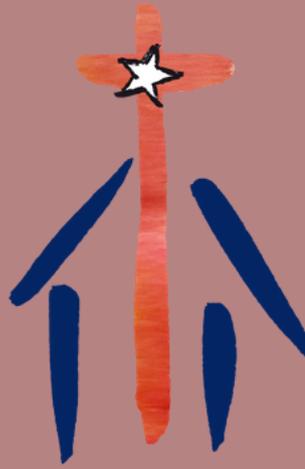
En la Jornada Pedagógica de 1951 el padre Kentenich se refería al hogar como *“aquella parte de nuestro espacio vital, físico, anímico y espiritual, en el cual podemos hallar y ofrecer cobijamiento; pero que, al mismo tiempo, es símbolo de nuestro cobijamiento en Dios”*, recordándonos nuevamente cómo los vínculos naturales nos unen al mundo sobrenatural.

Algo que el padre Kentenich captó tempranamente, desde la concepción orgánica de la persona, fue la importancia de nuestro mundo afectivo e instintivo. La psicología actual releva el lugar que ocupan las emociones en nuestra vida; incluso en acciones que antes considerábamos netamente racionales, hoy sabemos que están inevitablemente atravesadas por nuestra emocionalidad. Aprender a conocer y a expresar nuestras emociones y sentimientos - y las de los demás - puede ayudarnos también a cultivar vínculos más auténticos y sólidos. Validar los sentimientos de nuestros hijos, sus preocupaciones y sueños; generar en nuestro hogar una atmósfera cálida y enaltecedora, que les muestre el error y el perdón son parte del crecimiento personal; mirarlos más allá de lo que son actualmente, sino ver en ellos lo que están llamados a ser, desde la originalidad regalada por Dios, les permitirá crecer seguros y sacar lo mejor de sí para aportarlo a los demás. Simultáneamente, cultivar en nuestra vida matrimonial la confianza y el amor recíproco, asegurando momentos para la comunicación, expresión y renovación del amor conyugal. En palabras del padre Kentenich, confiar en lo bueno del otro y en la fuerza unitiva y asemejadora del amor. De este modo, podremos ir transformando nuestro entorno: cultivar la escucha atenta, dedicar tiempo para conocer y acoger la vida del otro, acompañarlo con nuestra oración en aquello que lo aflige y compartir genuinamente sus alegrías.

Esto requiere que salgamos de nosotros mismos (y del mundo virtual de nuestro celular) para disponernos al encuentro de los demás con todas las dimensiones de la persona - afectiva, psicológica, corporal, social y espiritual - y de este modo, aportar a la construcción de una sociedad más cercana al Evangelio, amándonos como Jesús nos amó.

# PREGUNTAS PARA MEDITAR Y LUEGO COMPARTIR

1. ¿Cómo estamos cultivando nuestros vínculos naturales y sobrenaturales?
2. ¿Qué situaciones de nuestra vida cotidiana nos dificultan establecer vínculos más estables y personales?
3. Sobre el uso que damos a las redes sociales e internet, ¿fortalecen o debilitan la calidad de las relaciones en vida familiar y conyugal?, ¿qué necesitamos modificar?
4. Pensemos en la originalidad de nuestra familia, ¿podemos identificar qué nos caracteriza y distingue de otras familias?
5. ¿Qué costumbres familiares queremos cultivar para generar vivencias de hogar significativas?
6. ¿Qué seguros podríamos tener para mantener vivencias comunes como familia?
7. ¿Cómo podríamos aportar a la construcción de una comunidad más justa, solidaria y fraterna, en un tiempo espacialmente sensible para nuestro país?



SCHOENSTATT  
*Chile*



CAROLA SCHEWARD

Profesora

Rama de Familias

Santuario Los Pinos